

Mi amigo Luis **En el cincuentenario de la primera** **promoción de pedagogos de la Universidad Literaria** **de Valencia, formada al cobijo y amparo de Luis Vives**

My friend Luis
On the fiftieth anniversary of the first
promotion of pedagogues of the Valencia Literary University,
formed to the shelter and shelter of Luis Vives

Juan González Ruiz¹

Resumen

A comienzos del curso 1965-1966 empezó a funcionar la Sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Valencia, tercer centro universitario de nuestro país, tras los de Madrid y Barcelona, en el que se implantaron estudios de Pedagogía. Cincuenta años después de su licenciatura en 1968, lo han celebrado un nutrido grupo de esta primera promoción valentina de pedagogos; entre otros quien fuera primer director de este Centro de Recursos, Interpretación y Estudios de la Escuela. En este escrito ha querido reflejar su paso por las aulas del añejo edificio de la Universidad Literaria de Valencia y su posterior trayectoria profesional no al modo de una autobiografía personal, sino evocando su relación con quien, de muy diversas formas, estuvo a su lado en sus tiempos de estudiante, de maestro y de pedagogo.

Palabras clave: Pedagogía, Universidad de Valencia, Luis Vives, Brujas

Abstract

At the beginning of the 1965-1966 academic year, the Pedagogy Section of the Philosophy and Letters Faculty began to operate at the Valencia University, the third university center of our country, after those of Madrid and Barcelona, in which Pedagogy studies were implemented. Fifty years after his degree in 1968, he has been celebrated by a large group of this first promotion of Valencia pedagogues; among others who was the first director of this Center for Resources, Interpretation and Studies of the School. In this writing he wanted to reflect his passage through the classrooms of the old building of the Literary Valencia University and his subsequent professional career not as a personal autobiography, but evoking his relationship with someone who, in very different ways, was at his side in his time as a student, teacher and pedagogue.

Keywords: Pedagogy, University of Valencia, Luis Vives, city of Bruges

¹ muesca@gmail.com

MI AMIGO LUIS. En el cincuentenario de la primera promoción de pedagogos de la Universidad Literaria de Valencia, formada al cobijo y amparo de Luis Vives.

Juan González Ruiz

*La patria que da la vida
raramente otorga honores.
Los concederá mucho mejor
la tierra ajena.*

Me llamó la atención desde pequeño, cuando con diez años de edad acudía a la clase de preparación para el ingreso en el Bachillerato Elemental en el colegio de los Salesianos de Utrera. Me gustaba leer, y el libro de lectura oficial en aquel centro docente ofrecía tantos atractivos a los ojos de un niño ávido de conocimientos, que a lo largo del curso llegué a leerlo completo varias veces; estoy por asegurar que las aventuras de Gonzalo y Antonio y los datos, informaciones y comentarios que las salpicaban, llegaron a formar el núcleo más importante de mis incipientes conocimientos geográficos e históricos sobre nuestra patria. El manual, que efectivamente tenía el indisimulado objetivo de promover una conciencia patriótica, se llamaba *El libro de España*, y estaba editado por la *Editorial Luis Vives*, sin que se mencionara su autoría².

No oculto que, en mi caso, logró suscitar un vivo interés por los viajes por España emulando los enrevesados recorridos de sus jóvenes protagonistas, y, como una premonición de encuentros profesionales muy posteriores, la curiosidad por conocer más a fondo el solar de origen de uno de los personajes secundarios, posiblemente de ficción, más entrañables del relato: el pasiego señor Rol-dán³.

² Dejando a salvo la fiabilidad de la fuente, una aproximación a este texto de lectura escolar de tan amplio y continuado uso puede encontrarse en Wikipedia: https://es.wikipedia.org/wiki/Libro_de_Espa%C3%B1a (consulta 2018-06-11).

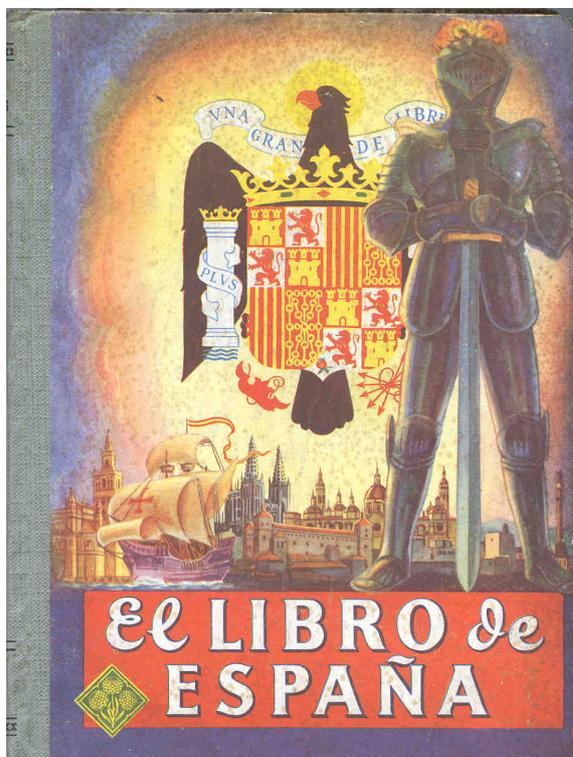
Como referencias más académicas, cabe la consulta a:

DIEGO PÉREZ, Carmen, *El Libro de España*, en Sociedad Española de Historia de la Educación, IX Coloquio de Historia de la Educación El Currículum: historia de una mediación social y cultural, Granada 1996, vol 2, páginas 279-287.

BOYD, Carolyn P., “Madre España”, libros de texto patrióticos y socialización política 1900-1950, en Historia y Política nº 1, 1999, páginas 50-67. En red: <http://www.juntadeandalucia.es/educacion/vscripts/wgi-ner/w/rec/3210.pdf> (consulta: 2018-06-11)

³ Aunque resulte un excursus relativamente improcedente, no sobra señalar que el autor inconfeso del texto, el beneditino Fray Justo Pérez de Úrbel, era de origen pasiego. Para conocer alguna de las derivadas de mis lecturas del Libro de España, véase: GONZÁLEZ RUIZ, Juan, “Mis encuentros con Pereda”, en *Cabás: Revista del Centro de Recursos, Interpretación y Estudios en materia educativa (CRIEME) de la Consejería de Educación*

Pero también de algunos otros *Claros varones de España*, tal como van desfilando en un libro, también ficticio y así titulado, que acompaña a los dos jóvenes en sus andanzas: es el caso de Luis Vives.



El Libro de España, de Editorial Luis Vives.

Así fue como tuve mi primer conocimiento de quien, pasado el tiempo y tal como ahora lo presento, llegué a llamar *Mi amigo Luis*. Aún estaba lejos de saber el origen de los manuales didácticos editados desde comienzos del siglo pasado bajo el acrónimo FTD y la peripecia que los había llevado a nutrir, por los tiempos de la Segunda República, el catálogo de una empresa editorial con el nombre de un español notable de quien se ofrecía un grabado en el capítulo de mi libro de lectura dedicado a los valencianos ilustres: el humanista Juan Luis Vives. No obstante, nada pude leer acerca de él en el correspondiente texto, donde solo se hablaba de San Vicente Ferrer y de Joaquín Sorolla. Aun así, suscitó mi interés la imagen que, a modo de logotipo empresarial, aparecía en la contraportada del *Libro de España*, y que también hube de encontrar posteriormente en otros libros de la misma editorial. Se trataba de una figura de cuerpo entero, aparentemente estatuaria, que representaba un varón joven de aspecto noble, vestido con una especie de casaca con cuello vuelto de piel y tocado con una boina o gorra con visera; la mano derecha extendida, en actitud receptiva, dulcificaba su aspecto hierático, mientras que la izquierda sujetaba un libro cerrado. Coincidía, sin

del Gobierno de Cantabria (España) [publicación seriada en línea]. N.º 4. Diciembre 2010. ISSN 1989-5909: <http://revista.muesca.es/articulos4/160-mis-encuentros-con-pereda> (Consulta: 2018-06-11).

duda, con la imagen que ilustraba el texto correspondiente, y, como tantas impresiones de la edad juvenil, quedó en mi memoria con un cierto tinte de amable familiaridad: se estaba fraguando una relación de amistad, no por simbólica menos auténtica, que se mantendría a través del acercamiento a la historia de la educación española en la carrera de Magisterio, o de algunas lecturas que llenaron mis ratos de ocio en mi temprana madurez.



Libro de España (Editorial Luis Vives 1952).

Ilustración del capítulo de “Valencianos ilustres”

Logotipo de la Editorial Luis Vives, 1952

Pero algo profundo se removió en mis recuerdos infantiles y juveniles cuando en una tibia mañana de otoño del año 1965 me acerqué al noble edificio de la Universidad Literaria de Valencia para formalizar mi matrícula en el tercer curso de Filosofía y Letras, especialidad de Pedagogía; yo tenía veintidós años recién cumplidos, y antes había superado los dos primeros cursos, “de Comunes”, en la Universidad de Valladolid mientras ejercía de maestro de primera enseñanza (*Maestro Nacional*) en la provincia de Palencia. Tras acceder por la puerta de la calle de la Nave al vestíbulo al que daban las oficinas y pasar al claustro, me encontré de repente con la imagen que una docena de años atrás había llamado mi atención; pero esta vez no sobre papel y cartón, sino de bulto, tridimensional, de bronce sobre un pedestal de piedra, casi viva. Allí estaba el mismísimo Luis Vives tendiéndome la mano, como animándome a que traspasara el cuadrilátero de verjas en el que se encontraba doblemente enclaustrado, o quizá pidiéndome que le sacara de aquel encierro; en cualquier caso, se trataba de un gesto inequívocamente amistoso, de la bienvenida y el saludo de un viejo conocido: *mi amigo Luis*.



Estatua de Luis Vives en el claustro de la Universidad Literaria de Valencia (José Aixa, 1881)

Me encontré inmerso allí en un alumnado de muy diversa condición, dispuesto a cursar una nueva especialidad de la añeja facultad de Filosofía y Letras: la Sección de Pedagogía, recién creada por el Ministerio de Educación Nacional⁴. Una gran parte eran valencianos: algunos habían seguido los dos primeros cursos comunes en la propia Universidad de Valencia, pero un buen número procedíamos de otras regiones españolas. La mayoría, además, éramos maestros con alguna experiencia docente, y entre ellos estábamos quienes acudíamos a los claustros universitarios, tras superar los citados cursos comunes estudiando “por libre” mientras ejercíamos en escuelas por lo general rurales, gracias a una licencia por estudios y ... a nuestro denodado esfuerzo.

Comenzó entonces un asiduo y silencioso diálogo, una familiar presencia a lo largo de los tres cursos de Pedagogía que ocuparon las tardes del tiempo lectivo, y de mis estudios colaterales de Filosofía en las mañanas. *Johannes Ludovicus Vives*, que así se nombraba a mi amigo Luis en el pedestal de su estatua, estaba al tanto de cuantas charlas, cotilleos, debates y comentarios académicos o políticos suscitaran las clases o la actualidad; no perdía detalle de las idas y venidas de estudiantes y de profesores entre clases y seminarios, de las tertulias al asomo de la balastrada de la galería superior, de los almuerzos y las meriendas sobre sus bancadas de piedra, de los reparadores tragos de agua en la fuente adosada al *Aula Magna*, de las fugaces salidas de las bibliotecas: la General, donde se imponía el rigor de su homónimo Luis, y la de Filosofía y Letras, donde

⁴ Orden de 11 de diciembre de 1964 (Boletín Oficial del Estado del 12 de enero de 1965)

oficiaba el benévolo Sierra. *Mi amigo Luis* fue así testigo de encuentros y desencuentros, de alegrías y decepciones, y, sobre todo y por lo que a mí respecta, de mi noviazgo con Carmen, nacido y crecido allí mismo: casi podría asegurar que mi vida futura se fraguó a su sombra, con la amable aquiescencia de su amistoso gesto.

No dejaban de sorprendernos los medallones dedicados a personales tan desconocidos para nosotros como supuestamente ilustres, y las lápidas expuestas en los muros, especialmente las que recordaban las hazañas bélicas del estudiantado frente a la francesada invasora en la llamada Guerra de la Independencia. En el edificio, además, se escondían espacios recónditos que nutrían una actitud reverencial, y cuyos nombres me siguen resultando especialmente sugerentes por su significado pedagógico e histórico: el *Paraninfo* o *Teatro Académico*, el *Arca de Caudales* custodiada en el Rectorado, o la capilla dedicada a *Nuestra Señora de la Sabiencia*. Una curiosa coincidencia llamó mi atención en esta última: en el lienzo que preside el retablo de la cabecera, obra renacentista de Nicolás Falcó que representa a la Virgen bajo tan apropiada advocación, un par de ángeles sostiene una filacteria en la que se lee: *Sapientia ædificavit sibi domum* (la Sabiduría construyó aquí su casa). Se trata de un versículo bíblico en el que reconocí el lema de la Universidad de Valladolid en la que yo había comenzado mis estudios superiores⁵.

Paseando por la ciudad de Valencia uno podía tropezarse fácilmente con el nombre de Luis Vives: en el rótulo de una estrecha calle por el entramado de la antigua judería, en el Instituto de Segunda Enseñanza masculino situado frente a la soberbia estación de ferrocarril (la estación del Norte, paradójicamente situada al Sur del núcleo urbano), en una academia de enseñanza privada, en un grupo escolar, en una residencia universitaria. Pero también es cierto que la Valencia de aquellos tiempos no parecía mostrar un decidido entusiasmo por hacer de su paisano humanista el santo y seña de su identidad cultural. No lo había sido en vida, cuando su familia hubo de sufrir una ominosa persecución por parte de la Inquisición a cuenta de su pasado judío, que le llevó a una expatriación definitiva en sus años juveniles; de modo que no pudo completar siquiera su formación en el *Estudi General* creado cuando él tenía seis años de edad y que, convertido luego en Universidad, le honrara en bronce sobre piedra casi cuatro siglos después; tampoco lo fue en esta ocasión, cuando una facción del claustro y de la ciudad prefirió a San Vicente Ferrer para presidir el patio, atribuyéndole una supuesta y más que dudosa intervención en el nacimiento del *Estudi General*.

La desconfianza desatada en los tiempos de los Reyes Católicos ante los judíos conversos obligó a nuestro hombre a permanecer hasta su muerte en la flamenca Brujas, con breves estancias en París, Lovaina y Oxford, y cabía sospechar ahora que algo de este sentimiento, acompañado quizás del reparo porque todo lo escribiera en latín, y hasta de un ligero e inconfesado remordimiento, se mantuviera en España, aun en su tierra natal, durante el régimen franquista que nos tocó vivir. El conocimiento que en los años de nuestro estudiantado se ofrecía desde las instancias oficiales acerca de los tiempos iniciales de tan oscura etapa histórica no era precisamente ni transparente ni objetivo ni completo; por tanto, tampoco era fácil conocer las circunstancias del nacimiento, aún

⁵ Libro de Los Proverbios (9, 1)

antes de que finalizara la contienda civil, del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, que sustituyó a la *Junta para la Ampliación de Estudios* creada algo más de treinta años atrás. En cualquier caso, su sección de Filosofía tomó el nombre de *Instituto Luis Vives de Filosofía* y estuvo dirigida en sus comienzos por el dominico padre Manuel Barbadó; mientras que la de Pedagogía, que sustituyó al *Museo Pedagógico* de Manuel Bartolomé Cossío, se llamó *Instituto San José de Calasanz* y estuvo a cargo de Víctor García Hoz; pero ni siquiera los números de las publicaciones de estas instituciones, la *Revista de Filosofía*, la *Revista Española de Pedagogía*, o *Bordón*, tenían un acceso fácil para nosotros.



Logotipo del Instituto de Filosofía Luis Vives, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942.

No recuerdo, en consecuencia, que la personalidad y las obras de Luis Vives tuvieran un tratamiento, en las clases tanto de Pedagogía como de Filosofía a las que acudí entonces, acorde con su importancia y trascendencia para el desarrollo del pensamiento europeo pedagógico y filosófico. Como tampoco recuerdo que, como he hecho posteriormente, llegara a tomar nota de un par de inscripciones latinas del pedestal de la estatua firmada por el escultor José Aixa Íñigo, una tras su erección en 1880 y otra en 1910, cuya frondosa retórica tampoco resulta muy significativa. Estaría por asegurar que mi conocimiento de él no fue mucho más allá que el que me proporcionara en mis años infantiles el *Libro de España*.

Había otro detalle, de cuya significación no tuve conciencia hasta algún tiempo después de salir yo de Valencia: al otro lado de la calle de la Nave se encontraba el *Real Colegio Seminario del Corpus Christi*, conocido como *Colegio del Patriarca*, obra muy personal del sevillano Juan de Ribera, Patriarca Latino de Antioquía, y Arzobispo, Capitán General y Virrey de Valencia: quien fuera a finales del siglo XVI seguramente la persona con más poder, tanto civil como religioso en la ciudad de Valencia, redactó las constituciones del seminario, ajustadas a los decretos tridentinos. También intervino en el trazado de los planos del nuevo edificio, que mandó construir sobre el solar resultante del derribo de la sinagoga y de gran parte del llamado *Call*, barrio judío valenciano, entre las cuales muy probablemente se encontraría la casa de la familia de Luis Vives. Fiel a la más estricta ortodoxia contrarreformista, coleccionador de innumerables reliquias y aficionado a

las artes suntuarias, el *Patriarca* fue el promotor de la expulsión de los moriscos en 1609, operación que completó la limpieza étnica y religiosa comenzada por los Reyes Católicos con la de los judíos en 1492, el año de nacimiento de Luis Vives; beatificado en 1796, su canonización como San Juan de Ribera no se produjo hasta 1960, por el papa Juan XXIII. En el centro del espléndido claustro del colegio seminario, sobre el pedestal de una estatua sedente del patriarca puede leerse una inscripción latina cuya traducción exhala un cierto tufo de arrogancia: “Tibi post haec, fili mi, ultra quid faciam” (*Después de esto, hijo mío ¿qué quieres que te haga?*). La escultura, obra de Mariano Benlliure, fue instalada en 1896 en conmemoración del primer centenario de la beatificación, y, ¿por qué no pensarlo?, también como réplica a la de Luis Vives en la Universidad Literaria, erigida quince años antes: ¿pequeñas envidias entre vecinos?.

Encarnaba Juan de Ribera un espíritu antagónico al de nuestro Luis Vives, que se mostró muy cercano a Erasmo de Rotterdam y a Tomás Moro: tolerante, liberal y sospechoso de heterodoxias varias tanto heredadas como adquiridas por la reflexión y el estudio, por más que sus obras destilen una religiosidad cristiana sin fisuras. Para nosotros, estudiantes de la Universidad Literaria, el caserón vecino tenía además un aire un tanto lóbrego y claustral; personalmente, en muy contadas ocasiones me aventuré a entrar en él, aun sin saber los datos que acabo de citar; si acaso, servía de refugio cuando en las manifestaciones estudiantiles de protesta, corríamos ante la policía (los “grises”), que tenía vedada la entrada en espacios sagrados, siendo así que esta condición se negaba al templo universitario de la sabiduría por más que estuviera amparado por la Virgen de la Sapiencia.

Como tampoco llegué a conocer un curioso episodio sucedido algo después del año en que se cumpliera el cuarto centenario de la muerte de Luis Vives. En 1940 estaba muy reciente la guerra, y nuestro amigo no era precisamente un modelo intelectual para los vencedores; pero seis años después se intentó remediar el olvido con la emisión de un billete de 1000 pesetas, con los que yo, a decir verdad, tenía escasa familiaridad entonces. En su anverso figuraba el conocido busto con la casaca de cuello vuelto, pero en su reverso no aparecía el claustro de la universidad civil en la que se halla la estatua que inspira el grabado, nuestra Universidad Literaria, sino, como sorprendente paradoja, el del seminario religioso vecino.



Anverso y reverso del billete de 1000 pesetas del Banco de España, 1946

Al año de comenzar nuestros estudios pedagógicos, un bien publicitado suceso puso a mi amigo Luis en los titulares de los periódicos: poco antes de su cese como Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne llevó a cabo un vertiginoso programa en una fugaz visita a Valencia: en un solo día, el 25 de octubre de 1966, entre otras actividades inauguró un *Parador Nacional de Turismo* en El Saler al que precisamente se dio el nombre de Luis Vives, y descubrió un monumento también dedicado al humanista valenciano. Se trataba de un sencillo busto en bronce sobre pedestal de piedra, y conviene señalar un par de circunstancias significativas que no fueron resaltadas suficientemente por la prensa del momento. Había sido erigido en la plaza de Los Pinazo, donde, hasta el siglo XVI, existió un cementerio judío: ¿fue aquí de donde se exhumaron los restos de Blanquina March, madre de Luis Vives, cuando la Inquisición los mandó quemar tras el mismo proceso que llevó a la hoguera, en este caso vivo, a su padre? Y también resultaba notable que el busto fuera una copia de otro que, obra de Ramón Mateu Montesino, le habían dedicado casi diez años antes los maestros españoles para ser instalado en Brujas: hasta allí se había desplazado en 1957 una comitiva de maestras y maestros de toda España, mayoritariamente valencianos ataviados con el traje regional.



El escultor Ramón Matéu Montesino ultimando el busto de Luis Vives destinado a la ciudad belga de Brujas⁶.

Y allí continúa en una recoleta y romántica plaza de la deliciosa ciudad flamenca, tras la Iglesia de Nuestra Señora y junto al puente Bonifacius. Lo cual demuestra dos cosas: que en cuestiones

⁶ Diario *ABC* del 27 de junio de 1957, página 13.

de educación los maestros suelen ir por delante de las administraciones, y que el reconocimiento de nuestro amigo se ha venido produciendo antes y más intensamente en el extranjero que en su patria.



Colocación del busto de Luis Vives en Brujas, con el acompañamiento de maestras valencianas ataviadas con el traje regional⁷

Añadamos, aunque no tenga relación directa con mi amigo Luis, que la visita ministerial se aprovechó para dar relieve a la renovada fachada norte del edificio universitario, que ya llevaba un tiempo concluida: una fuente adosada a un retablo clasicista compuesto por Octavio Vicent muy al estilo neoherreriano, en el que aparecen, en bronce y de bulto, cuatro personajes decisivos en la historia de la Universidad (los Reyes Católicos, el papa Alejandro VI, el rector Vicente Blasco García) dando guardia a una matrona en piedra con el pecho descubierto, que representa la sabiduría. No hizo falta un alarde de imaginación para que lo motejáramos con el nombre de un grupo musical entonces de moda: *The papas and the mamas*.

⁷ *Brugsch Handelsblad*, 7 de septiembre de 1957.



*Fachada de la Universidad Literaria recayente a la Plaza del Patriarca
(Javier Goerlich, arquitecto, y Octavio Vicent, escultor, 1964; inaugurada en 1966)*

A lo largo de nuestros estudios, la pobreza económica había ido pareja a la intelectual y académica, pero cuando logramos la licenciatura algo distinto y nuevo bullía ya en los medios políticos y culturales. Como nos anunció cierto profesor de Filosofía de la Educación al comienzo de sus clases recordando una vieja consigna histórica, *soplaban vientos de fronda contra la Metafísica*. Las propuestas al margen de la oficialidad con la que podía identificarse esa supuesta *Metafísica*, empezaron a multiplicarse y a correr los riesgos de la oposición política: *La Nova Cançó*, la *Cartelera Turia*, *Raimon*, *El Equipo Crónica*, *Els 4Z*, se adelantaron a lo que, dos décadas después, se conocería como la *movida*. Y no es baladí poder decir que en mayo del 68 estábamos acabando nuestras carreras universitarias en Valencia mientras asistíamos, entre atónitos y esperanzados, a las más radicales y violentas *movidas* parisinas. Quizás aquellos tiempos tampoco eran oportunos para la recuperación académica de nuestro amigo Luis: para unos, un sospechoso heterodoxo; para los otros, alguien muy alejado de la modernidad que se trataba de imponer, tan apartado de sus preocupaciones como la estatua pétrea que adornaba la fachada de la Biblioteca Nacional en Madrid⁸. Sin embargo, nuestra promoción, la primera de la Sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia, se hizo con rebotante orgullo una fotografía, reglamentaria podríamos decir, ante la protectora estatua de Luis Vives, de mi amigo Luis, aún cercado de verja y arbustos.

⁸ Podría decirse que mi amigo Luis había sido *petrificado* con generosidad: a esta estatua de la Biblioteca Nacional (de Pedro Carbonell, completada, aunque no se hiciera notar la coincidencia, cuando se cumplían cuatro siglos del nacimiento de Luis Vives, 1892) se añadía, al menos, la del vestíbulo de la Universidad de Barcelona (de los hermanos Agapito y Venancio Vallmitjana, 1876) y el medallón en la Plaza de España de Sevilla (Exposición Iberoamericana, 1929).



Vendrían luego años de distanciamiento, dedicado a la búsqueda de algún empleo seguro y motivador, fruto de una formación tan esforzadamente conseguida, que diera estabilidad a una familia recién nacida y ya en trance de convertirse en numerosa. Valencia, a punto de emprender su despegue industrial, ofrecía entonces multitud de oportunidades laborales, y en el panorama político del momento había inequívocos y alentadores signos de que el régimen político, al igual que quien lo encabezaba, estaba dando sus últimas bocanadas. Sin embargo, las crisis ligadas a todos los procesos de cambio, alguna que otra decepción surgida en el mismísimo ámbito académico y, por qué no confesarlo, cierta timidez adobada con una pizca de orgullo y una irrenunciable aversión a mendigar favores, me llevaron a preparar oposiciones a un cuerpo de funcionarios muy alejado de mis primitivas intenciones, por más que todavía fuera visto como el ascenso supremo en la carrera del magisterio: la Inspección.

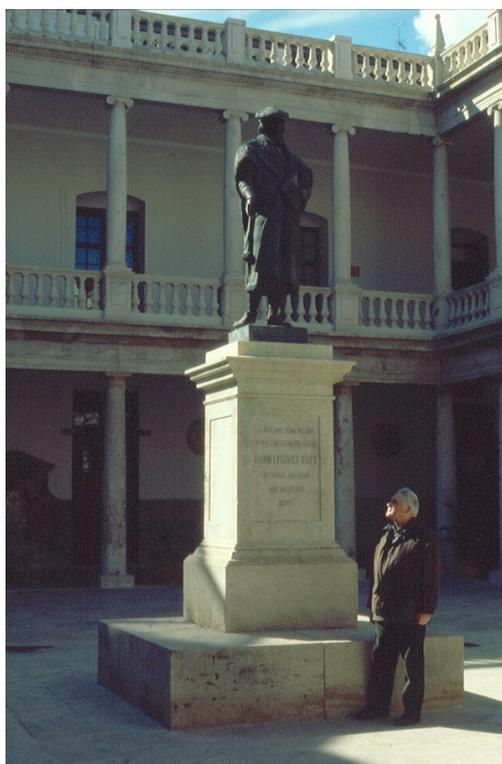
De esta forma, mi amigo Luis quedó apartado en el baúl de los recuerdos, y tras obtener plaza de inspector en Santander y desplazarnos aquí toda la familia en el verano de 1974, las visitas a Valencia que pudimos emprender desde entonces, menos frecuentes de lo que deseábamos, solo nos permitieron mantener la relación con la familia de Carmen y un fugaz paso por los escenarios de nuestra juventud. Entre otros, naturalmente, el venerable edificio de la nuestra Universidad Literaria.

Pronto pudimos comprobar la diáspora de la antigua Facultad de Filosofía y Letras que, además de abandonar la casa matriz, fue dispersada en un conglomerado de nuevas facultades situadas a

lo largo de lo que en nuestros tiempos conocíamos como Paseo de Valencia al Mar y ahora se llamaba Avinguda de Blasco Ibáñez: una de ellas la nueva *Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación*. El patio enclaustrado de nuestros juveniles desvelos había quedado desierto y silencioso: a lo más, surcado por alguna tropilla de turistas despistados o, como nosotros, de nostálgicos antiguos alumnos; gente mayor, en todo caso. Luis Vives había sido liberado de la fronda que lo rodeaba y de su encierro entre verjas, pero su diestra tendida y su amistoso gesto parecían no encontrar su destinatario genuino: un estudiantado ávido del conocimiento simbolizado en el libro que seguía portando en su mano izquierda.



Carmen ante mi amigo Luis, aún con verja, 1969



Ante mi amigo Luis, sin verja, 1999

Uno huye de la añoranza como de la peste, y trata de eludir que los recuerdos, tan fragmentarios, anecdóticos y filtrados por la lupa de la complacencia, le lleven a abjurar del progreso y desear tiempos pasados aparentemente mejores. Pero algo se revolvió en mis entrañas cuando eché en falta el busto de Luis Vives que habíamos conocido en la plaza de Los Pinazo. Por más que hubiera sido solemnemente inaugurado por un ministro franquista cuando comenzábamos nuestro cuarto curso de carrera, había sido hasta entonces el único monumento dedicado a Luis Vives situado en un espacio público de su ciudad natal. El asunto se debió a que la recoleta plazoleta había dejado de ser un tranquilo remanso de paz entre la ajetreada calle de Colón y la de Don Juan de Austria

tras la instalación de unos grandes almacenes, un aparcamiento subterráneo y una estación del metro: sin duda, no era lugar para mi amigo Luis.

Para mi alegría, pronto tuve una buena compensación. De una tacada, el Ayuntamiento de Valencia dedicó una pequeña plaza formada a los pies de la iglesia de los Santos Juanes (bajo la *O de Sant Joan*), junto al Mercado Central, a la ciudad de Brujas; y allí mismo, sobre un pequeño cuadro de césped, colocó el busto de mi amigo Luis. Antes de que volviera a desaparecer (temeroso presagio que, como más adelante contaré, se cumplió) me hice una foto testimonial, como también años antes pude hacerme otra ante su gemelo en Brujas, a la vez que copiaba su escueta y poco retórica inscripción:

JUAN LUIS VIVES
1492 - 1540
ESTE MONUMENTO HA SIDO
ELEVADO POR LA DOCENCIA
PRIMARIA ESPAÑOLA
AL EMINENTE PEDAGOGO
VALENCIANO
CON LA APORTACIÓN DE LA
MUNICIPALIDAD DE BRUJAS
SERVICIO ESPAÑOL
DEL MAGISTERIO
1957



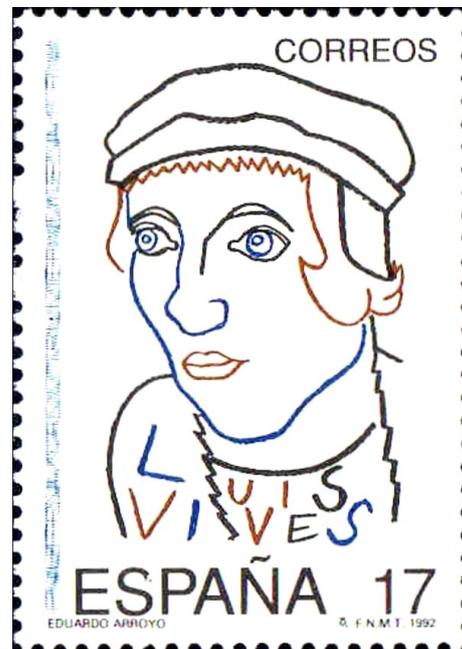
*Con mi amigo Luis
en la plaza de la Ciudad de Brujas,
de Valencia. 2006*



*Con mi amigo Luis junto a la Onze Lieve
Vrouwekerk y el Bonifacius Brug,
en la ciudad de Brujas. 1995*

No solo esto; en 1976 se iniciaron unas obras importantes de afianzamiento y remodelación del Instituto Luis Vives, antiguo convento de San Pablo, a cuyo término, dos años después, fue colocada una estatua de nuestro amigo, obra de Alfonso Pérez Plaza, en el centro del claustro monacal, patio de representación y recreo del centro docente. Y, a mayor y merecida gloria, una copia de la misma se instaló ante el edificio de la Hemeroteca Municipal en la plaza de Maguncia.

Restaban algunos años para el quinto centenario del nacimiento de Luis Vives, pero tal efeméride, como era de esperar, quedó eclipsada por la del Descubrimiento de América y por los fastos de la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona. Pude tener noticia de algunos actos académicos a los que, infortunios de la distancia, no pude acudir, así como de la emisión de algunas medallas conmemorativas, una moneda de 200 pesetas y un sello de correos de no muy feliz diseño.



Diversos memorabilia emitidos con ocasión del quinto centenario del nacimiento de Luis Vives, 1992

Para el propio Luis Vives, quizá lo que más pudo satisfacerle fue la celebración, al año siguiente, del 25 aniversario de nuestra promoción de pedagogos, la primera crecida a la sombra de su atenta mirada en el viejo edificio universitario valentino, de la que ahora queremos hacernos eco y de la que dejamos testimonio en la protocolaria fotografía de grupo, nocturna esta vez.



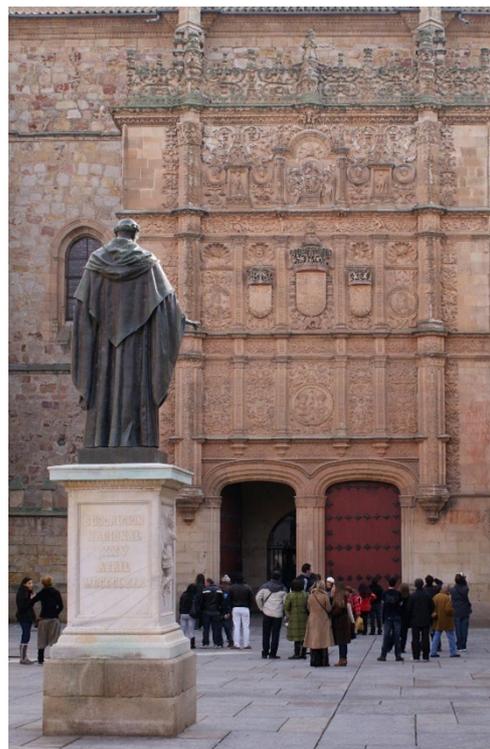
Vigésimoquinto aniversario. 27 de noviembre de 1993. (Foto cortesía de Juan José Catalá)

Y, para nuestra alegría, antes de terminar el siglo XX pudimos comprobar que se había añadido al austero letrero que hasta entonces daba nombre a la calle Luis Vives una nueva placa en piedra con un relieve ricamente historiado: en efecto, allí aparece la efigie de nuestro amigo Luis, copiada sin duda del busto original de Mateu Montesino, junto con la enseña de la ciudad de Valencia sobrevolada por *lo rat penat*, la orla de estrellas de la Unión Europea, y una inscripción en valenciano.



Pero no duró mucho la alegría, y el busto valenciano de Luis Vives que yo había contemplado unos años atrás junto al Mercado Central fue forzado de nuevo a participar en el *baile de las estatuas* a que tan aficionados son todos los políticos locales. Otra vez se impuso el automóvil, y en los primeros años del nuevo siglo XXI la construcción de un aparcamiento subterráneo en la avenida del Oeste dio con él en los almacenes municipales. Estaba visto que nuestras visitas a Valencia eran para Carmen y para mí como abrir una caja de sorpresas, algunas veces con premio y otras con decepción.

Tal como ya ha habido ocasión de ver, no pretende este escrito convertirse en un relato autobiográfico, sino más bien en una reflexión sobre la impronta que, de la mano tendida de Luis Vives y de su Valencia natal, haya podido quedar en mi personalidad y en mi trayectoria académica y profesional durante estos cincuenta últimos años. Sin embargo, no me resisto a traer aquí algo que aparentemente está fuera de lugar: en la Universidad de Salamanca, que es, podríamos decir, mi tercera *alma mater* tras las de Valladolid y de Valencia. Figura en el barrio universitario de la capital del Tormes, en el llamado Patio de Escuelas, una imponente estatua de otro Luis, Fray Luis de León.



Estatua de Fray Luis de León en el Patio de Escuelas de la Universidad de Salamanca: cuando aún estaba rodeada de una verja, con Miguel de Unamuno (izquierda), y en 2012, ya sin verja, con turistas dándole la espalda en busca de la ranita de la fachada (derecha).

Este reconocido poeta del Siglo de Oro español es un poco posterior a nuestro amigo Luis, pero guarda con él unas cuantas semejanzas de lo más significativo. Ambos fueron perseguidos por la Inquisición a causa de sus antecedentes judíos: Luis Vives con su destierro perpetuo de Valencia y de España, y Fray Luis con su apartamiento de la cátedra de Salamanca, a la que finalmente pudo volver con más amargura que orgullo (*decíamos ayer...*). La temprana erección de sus monumentos (1881 y 1869 respectivamente) tuvo un carácter vindicativo, lo que acarrió una abierta oposición por parte de los sectores universitarios más reaccionarios: propuesta de San Vicente Ferrer frente a Luis Vives en Valencia, y negativa a que la estatua de Fray Luis fuese colocada en el interior del edificio universitario salmantino. El gesto con que aparece la estatua del castellano suscita el recuerdo del valenciano: los dos con una mano tendida y con la mirada dirigida supuestamente hacia el alumnado o, en todo caso, hacia abajo, subrayando el carácter cercano y terrenal del magisterio de ambos humanistas frente a la inspiración sobrenatural reclamada por la más pura ortodoxia religiosa. Y no está de más, por último, señalar otro eslabón de esta desdichada relación entre tradición y liberalidad: un lienzo representando a San Juan de Ribera, pintado al año siguiente a su beatificación en 1796, se encuentra en el interior de la capilla de la Universidad de Salamanca.



El autor, ante el busto de Luis Vives en la Plaza de Margarita Valldaura (10 de mayo de 2018)

En las vísperas del cincuentenario de nuestra licenciatura en Pedagogía, pareciera que la ciudad hubiera decidido prepararse para ello brindándonos una última satisfacción a través de la memoria de nuestro amigo y maestro, y en mayo de este mismo año de 2018 pude hacerme una tercera foto ante el busto esculpido más de cincuenta años atrás por Ramón Matéu. Porque el ejemplar guardado en los almacenes municipales valencianos del famoso, duplicado y ajetreado busto se había instalado hacía un par de años en una reducida plaza donde termina la calle de Luis Vives, a la que acertadamente se dio el nombre de su esposa Margarita Valldaura. En el muro que le da fondo se había rotulado una sentencia que bien pudiera ser el colofón y enseñanza de toda la vida de Luis Vives, y cuya traducción figura al frente de este escrito mío:

*PATRIA DAT VITAM RARO LARGITVR HONORES
ILLE MVLTTO MELIVS TERRA ALIENA DABIT*

Y, para contento propio y justo reconocimiento a mi amigo Luis, poco antes, al comenzar el curso 2016-2017, se había creado en el seno de la Universidad de Valencia la *Escola Europea de Pensament Lluís Vives*, una de cuyas primeras medidas ha sido la de comenzar la versión al valenciano de todas sus obras, originariamente escritas en latín y puestas en castellano con anterioridad en distintas ediciones.



Foto: Fernando Ruiz Alonso

Con estas premisas, la celebración el día primero del mes de junio de este año 2018 del cincuentenario de la primera promoción de pedagogos de la Universidad de Valencia cobró, a pesar de las infortunadas bajas tributo de la edad, un renovado y orgulloso énfasis, fijado en una tercera foto generacional al amparo de su fiel conductor, mi amigo Luis, en el claustro del venerable edificio ahora convertido en sede institucional del Rectorado, Centro Cultural y Biblioteca Histórica.

Tengo por seguro que, al igual que para mí, para todos los componentes de esta promoción es un orgullo poderse atribuir el magisterio pedagógico y espiritual de Luis Vives.